

es que los japoneses acostumbran á sujetar esta placa á las plumas de la cola, y no á los pies de las aves de caza.

Cada halcón debe ser albergado separadamente en una jaula de techo alto y espacioso, y con el suelo cubierto de guijarros. La percha debe colocarse en el centro; y, para evitar que el ave se estropee el plumaje al rozar en la percha, los halconeros las envuelven cuidadosamente.»

Muchos detalles podríamos añadir; pero los ya extractados del libro japonés de caza, prueban la importancia del arte de la cetrería en aquel país. Lo más curioso es que en el Japón existen obras ilustradas profusamente, representando desde el vuelo de la grulla, ganso, faisán y pato, hasta el de las codornices y golondrinas.

Existe en el Japón un libro curioso venatorio, ilustrado; es un diccionario enciclopédico escrito por Ying-Soung. Adornado con dibujos indígenas, vense diversos cuadros que ofrecen preciosos apuntes venatorios. Son comitivas de caza; un caballero que va delante lleva en el puño un halcón con caperuza; todos van armados, la mayor parte con arcos y flechas, otros con tridente para cazar jabalíes; junto á los cazadores brincan los canes. Otro cuadro representa la vuelta de la caza, y hay un caballo cargado de liebres muertas. Los árboles, despojados de hojas, indican que la partida de caza ha tenido lugar en el invierno.

III

Los imperios de la China y el Japón llevan impreso el sello de la inmovilidad, y esto facilita grandemente la tarea del escritor venatorio, respecto á los años tiempos; pues los documentos vivos de nuestros días son el trasunto exacto de las escenas de caza de hace algunos siglos.

Curiosa es la siguiente narración de cetrería japonesa.

Un magnate japonés, rico como Crespo, el anciano príncipe Kouroda, invitó, no hace mucho tiempo, á algunos europeos, á asistir en sus grandes cotos á una cacería de patos, tal como se practica en el Japón desde los más remotos tiempos.

La hora de la cita era al alborar del Sol, y serían las siete de la mañana de un día del mes de Noviembre de 18..... cuando llegaron en tropel los cazadores á un

pintoresco pabellón fabricado con cañas entretreídas con maravillosa elegancia.

En el centro de la pieza principal ardía un gran fuego dentro de un rico y labrado brasero de plata. La mañana era fresca, como lo son siempre á tal hora y estación á orillas de los estanques; y aquel fuego reanimó á los expedicionarios, ateridos de frío.

Sentados todos los comensales formando corro, fueron obsequiados con té y cigarrillos de paja de arroz. Un criado anunció al halconero mayor, quien, después de prosternarse y hacer humilde reverencia ante cada uno de los convidados, anunció el comienzo de la fiesta venatoria.

Forzoso es, ante todo, describir, siquiera sea á grandes pinceladas, aquel característico coto de caza.

Lo primero que se ofrece á la vista es un gran estanque, poblado de cañizos y sembrado de pequeños islotes.

Gran número de pequeñas irrigaciones y canales cruzan el estanque en todas direcciones, que miden un metro y medio de anchura, y gran profundidad. Uno de estos canales, al terminar el estanque, sigue y forma un recodo, avanza veinte metros más, y después termina bruscamente.

Al extremo de cada canal, hállase, medio oculta y muy bien disimulada, entre cañizales y abundosa verdura, una chocilla ó cabaña, parecida á las que se usan en nuestros puestos, destinados al *aguardo*. Un hombre está allí apostado y de observación; y, merced á un agujero practicado en la pared, vigila todo lo que sucede en el canal.

Cuando el vigía nota que los patos reclamos entran en las aguas, rodeados de multitud de aves que les siguen á guisa de escolta, echa presuroso en el agua, por un conducto imperceptible y secreto, puñados de mijo y arroz.

Los reclamos graznan entonces con gran contento y alborozo, y el tropel de patos y cercetas que le siguen, entran en el canal, y comen, y juegan, y loquean juntos con el mayor abandono y tranquilidad.

Entonces es cuando el vigilante de la choza toca una misteriosa campanilla que va á sonar en el pabellón del príncipe.

Todo se halla entonces dispuesto á maravilla y va á dar comienzo la cacería.

Los invitados salieron guardando profundo silencio, y provistos cada uno de una red en forma de hoz; el mango es de madera de bambú, las mallas de cordoncillo de seda, y el conjunto muy manejable y muy ligero.

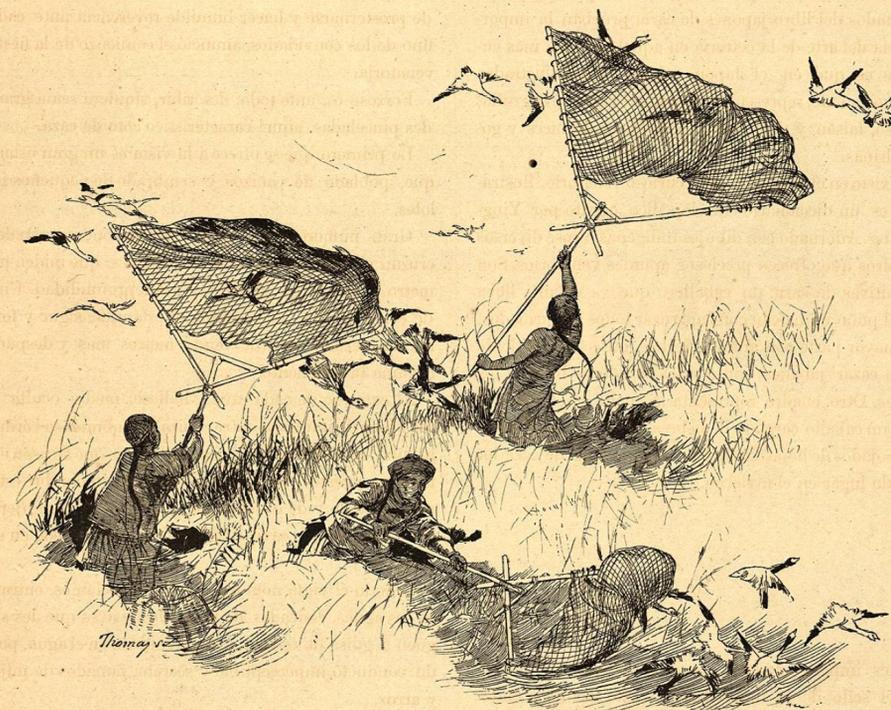
Detrás de los cazadores permanecen dos halconeros con sus pájaros en el puño. Los japoneses llevan á los halcones como los persas, sin caperuza; y aquellos pajarracos miran á todas partes con cierta curiosidad, pero sin mostrar temor ni recelo.

Los cazadores se dirigieron al borde del canal, y colocáronse en un sitio donde podían maniobrar libremente con la red, sin que los patos se apercibieran de

ello. Cosa fácil, porque la presencia de los reclamos aleja el temor de la familia acuática.

Los hombres avanzan con precaución, llevando la red dispuesta á guisa de la que se usa para cazar pintadas mariposas.

Tres cercetas arrancaron de improviso; maniobraron las redes, pero sólo cogieron una; las otras dos fueron á refugiarse entre los bambúes. Entonces los halconeros



Caza de aves enarbolando redes

ros soltaron sus pájaros, que, merced á dos aletazos rápidos, terribles y formidables, cayeron sobre la presa y la sujetaron entre las garras.

Todo se verifica en breves momentos, y casi sin ruido; los reclamos, admirablemente amaestrados, parece como que se regocijan del percance de sus congéneres, y vuelven al estanque en busca de nuevas víctimas que sacrificar por medio del artificio y de la sorpresa.

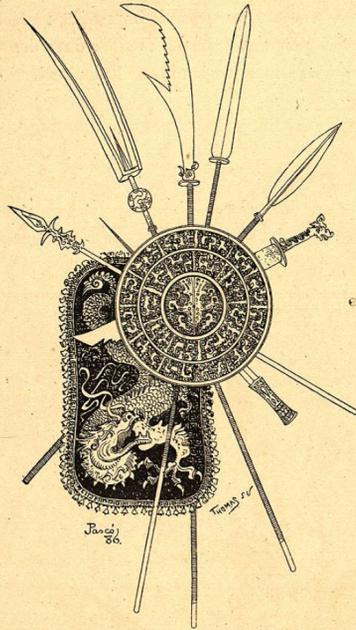
Los halconeros abren de una cuchillada el vientre de las cercetas y les arrancan el corazón, que dan á comer

á las aves de rapiña, ya puestas de nuevo sobre el puño.

Grupos de cañas y bambúes, de cinco á seis metros de altura y muy espesos, ocultan los movimientos de los cazadores á los patos del estanque y á los que se aventuran en los canales laterales, siguiendo así la cacería, que, según se comprende, no es de larga duración, so pena de espantar á los pájaros, que concluirían por abandonar para siempre aquellos sitios.

El halconero mayor, ganoso de dar á los cazadores una idea del modo maravilloso con que había amaes-

trado los reclamos, se acercó á los invitados, y, poniendo un dedo en la boca, á fin de recomendarles el silencio, hizo seña de que le siguieran, y se metió dentro de



China.—Armas antiguas de caza y guerra

una choza disimulada y oculta entre las cañas, y dispuesta de suerte que se dominaba el estanque con una sola mirada. Tres agujeros imperceptibles servían de punto de mira. Hendían tranquilamente las aguas centenares de patos y cercetas, y tres reclamos, fáciles de reconocer por su plumaje especial; nadaban todos



siguiendo la misma dirección, maniobrando de suerte que, insensiblemente y sin excitar sospechas, iban empujando á las aves hacia los canalillos.

No existe can de caza en el mundo mejor enseñado, ni que conduzca con más habilidad las piezas para que caigan bajo los tiros de la escopeta de su amo. Los cazadores dieron señaladas muestras de su admiración, y el halconero se sonreía con la sonrisa propia del oriental orgulloso de haber causado asombro á los europeos.

La caza de aves acuáticas es, sin duda, el *sport* más interesante que existe en el Japón.

El lago y sus alrededores están dispuestos con la maravillosa precisión de los escenarios de nuestros grandes teatros al representarse una comedia de magia. Las aves navegan tranquilamente por entre los grupos de cañizos, y no se aperiben de que, de vez en cuando, les arrebatan con las redes algún compañero.

Este género de caza no es siempre fácil, y necesita la paciencia que tienen los orientales para enseñar y aclimatar á los reclamos y amaestrar á los halcones.

Hay pajarracos de éstos de gran tamaño, y otros tan chicos que cuando caen sobre patos de mucho peso se destrozan las falanges de las garras.

El halconero mayor quiso, antes de terminar la fiesta venatoria, ofrecer á los cazadores una nueva muestra de la excelente educación de sus aves de rapiña.

Dos indígenas se colocaron en un arrozal, á cincuenta ó sesenta metros el uno del otro; cada uno de ellos tenía en la mano izquierda una caja de lata roja, que desde lejos parecía un pedazo de carne cruda, y con la derecha sostenía el halcón. Al agitar uno de los japoneses la caja, abriendo y cerrando la tapa, el ave de rapiña que tenía el otro indígena iba á posarse sobre aquella caja, renovándose el ejercicio varias veces, y siempre con idéntica precisión y maestría.



REUNIÓN DE HAMBRIENTOS, CUADRO DE M. LENGÓ